

## CAPITULO VIII.

Exponer la vida.

La division de Santa-Anna, despues de haber emprendido su retirada de la Angostura, y de haber pasado inauditos trabajos y miserias por la carencia de víveres, de agua y de medios de trasporte para conducir á millares de enfermos y de heridos, entró en S. Luis el 9 de Marzo, recibiendo las mas inequívocas demostraciones de aprecio de aquella poblacion filantrópica y patriótica.

Las bajas de aquel ejército, que tan lleno de esperanzas y tan brillante habia salido un mes antes, habian sido considerables,

pues de los diez y ocho mil hombres de que se compuso al partir en busca del enemigo, solo entraron diez mil quinientos en el estado mas triste y desastroso.

Santa-Anna, informado de lo que pasaba en México, y de que la revolucion de Polkos y Puros tenia á la ciudad alarmada, dió orden de que despues de un descanso de cuatro dias, una parte de la division continuara su marcha hácia la capital.

Dada esta orden, y despues de dejar en su lugar al general D. Ignacio Mora y Villamil, encomendándole el mando en jefe del ejército, se dirigió con su estado mayor y alguna caballería, hácia México, donde le llamaban ambos partidos, procurando cada cual tenerle de su lado.

Don Rafael y D. Juan anhelaban marchar en su compañía; pero al primero le fué preciso quedarse asistiéndole á los enfermos y heridos, y al segundo, al lado del general Villamil, de quien era ayudante.

Al llegar Santa-Anna á San Miguel de Allende, se le presentó el diputado D. Juan Othon, enviado por el partido puro para



decidirle á que aniquilase á los pronunciados.

Santa-Anna, que ignoraba los pormenores de la revolucion, le recibió con agrado, y le manifestó que no era su intento derrocar al gobierno.

Continuando su camino, y á cuatro leguas de Santa Rosa, se presentó otra comision de los diputados moderados, compuesta de D. Ramon Pacheco y D. Eugenio Maria Aguirre, cuyo objeto era inclinar el ánimo del mimado general en pro del pronunciamiento.

El paso de Santa-Anna por las poblaciones, era una continuada ovacion que los habitantes concedian al valiente general, que tan bien puestas habia dejado las armas mexicanas en el sangriento campo de la Angostura.

No bien se presentó en Querétaro, cuando se acercó á él otra comision de los Polkos, formada del general Salas, el licenciado D. Guadalupe Covarrubias y su hermano el doctor D. José,

Citados para una conferencia particular, expusieron minuciosamente las miras de órden y de bienestar social que se habian propuesto sostener los jefes de aquella revolucion, lo que escuchado atentamente por Santa-Anna, le decidió á declararse en favor de los Polkos.

Despues de haberse detenido un dia en la Villa de Guadalupe, que dista una legua de la capital, entró en México entre las entusiastas aclamaciones del pueblo, que le recibia como á su salvador, y despues del solemne Te-Deum, cantado en la hermosa Catedral, en accion de gracias al Omnipotente, por la brillante jornada de la Angostura, recibió las visitas de las personas mas caracterizadas de todos los partidos.

Por la noche, despues de haber prestado ante una comision del congreso, el juramento que se formuló, entró al ejercicio del poder, con lo cual, Polkos y Puros, depusieron su actitud hostil para pensar únicamente en rechazar al enemigo extranjero que asediaba la invicta Veracruz.

Cesado el estado de alarma, la poblacion



celebró con repiques y vítores la entrada al poder del general Santa-Anna, y la guardia nacional, compuesta, como hemos dicho, de lo mas granado de la sociedad, se dirigió hácia el palacio, ufana del triunfo que habia conseguido.

Al marchar por la espaciosa calle de Plateros para la guardia de palacio las compañías de Victoria, Hidalgo, Independencia y Bravos, los balcones de todos los edificios se veían cubiertos de señoras y lindas jóvenes, con lujo y gusto engalanadas, que arrojaban multitud de olorosas flores sobre los que habian defendido la religion y el orden.

El tránsito estaba lleno de gente de ambos sexos, que se agolpaba á ver pasar á aquellos soldados de la fina sociedad, que ostentaban en su pecho y cuello, porcion de cintas y medallas, que las monjas les habian regalado como á defensores de las cristianas creencias. Todos los que formaban aquellas filas tenian en los balcones personas de su aprecio á quienes dirigir una mirada. Solo Leopoldo que iba al frente de

su compañía entregado puramente á sus ideas amorosas, parecia indiferente á todo.

Al llegar á la esquina del Portal de Mercaderes y Empedradillo, el ruido de las cornotas, de los tambores, de las músicas, de las campanas, de los cohetes y de los vivas, asustó los arrogantes caballos de un coche que cruzaba en aquel instante la plaza de Armas.

El cochero quiso contenerlos; pero los fogosos animales, rebeldes á la rienda, partieron á escape sobrecogidos de espanto.

Una cabeza de mujer se asomó por la portezuela gritando, ¡socorro!

Leopoldo fijó los ojos en ella y reconoció á la hermosa Inés.

Al verla, no dudó que Clotilde tambien se hallaba dentro del coche y que llegaban de Texcoco.

Su imaginacion midió en un momento el inminente peligro en que se hallaba la vida de su amada, y no pensó mas que en salvarla.

Los caballos, entre tanto, marchaban desbocados.



La gente, asustada, gritaba abriendo paso para no ser atropellada.

Los fogosos animales, ciegos y mordiendo el freno, corrían en dirección al rumbo que llevaba la tropa.

El carruaje iba á estrellarse sin duda contra la esquina del Portal de Mercaderes, matando á los que iban dentro.

Las millares de personas, que aterradas miraban aquella escena, conociendo lo que iba á suceder, dejaron escapar un grito de horror.

Leopoldo, aconsejado por el sentimiento del amor y por el deseo de salvar á la jóven que amaba, arrebató el fusil á uno de sus soldados, y con la velocidad del rayo se colocó en el sitio á donde marchaba á estrellarse el coche.

Todos le gritaban que se quitase porque iba á perecer; pero él, sin inmutarse y resuelto á perecer ó á salvar á la mujer que era su vida, desafió el peligro esperando á pié firme á los caballos que ya estaban casi encima de él.

De repente se escuchó un grito de asombro.

Uno de los caballos había caído muerto, atravesado el pecho por la bayoneta que ostentaba Leopoldo en su fusil, y el otro, no pudiendo arrastrar el peso, se detuvo, á pesar de los esfuerzos que hacía para seguir su carrera.

El coche, pues, no llegó á estrellarse.

La gente que iba dentro se había salvado.

En el instante mismo se abrió la portezuela, y salió un anciano á dar las gracias al que tan heroicamente se había manejado.

Era D. Emilio que, al encontrarse con Leopoldo y saber que él era su salvador, le estrechó afectuosamente la mano, diciéndole:

—Hoy mas que nunca deseo que la honra de su padre de vd. quede probada para que forme vd. parte de nuestra familia.

—¡Oh! eso sería el colmo de la felicidad!

Contestó el jóven inundado de gozo su corazón.

Un carruaje de alquiler de los que cerca de aquel sitio se encuentran siempre, se



acercó á una señal de D. Emilio, para recibir á las personas que dentro estaban, y conducir las á su casa, en tanto que el cochero de Landeta arreglaba la manera de llevar el suyo.

Al trasladarse de un coche al otro, el primero que bajó fué Duval, dando la mano á la hermosa Inés y luego á la abatida Clotilde que, pálida y débil, apenas podía sostenerse en pié.

El jóven pintor se estremeció al ver los estragos que la horrible enfermedad habia hecho en el sér idolatrado de su corazon.

Don Emilio, reconocido al importante servicio que acababa de prestarles Leopoldo, le presentó á su familia diciendo:

—Aquí teneis al que acaba de salvarnos.

Clotilde dejó escapar una exclamacion de placer, y sus mejillas se tiñeron con la púrpura del rubor.

Inés le estrechó la mano dándole las gracias en nombre de ella y de su protegida.

Duval se mordió los labios, y guardó silencio.

Poco despues subieron las dos hermosas y Duval en el coche.

Don Emilio se quedó el último, estrechó fuertemente la mano del valiente jóven, y volvió á repetirle en voz baja.

—Es vd. digno del noble y tierno corazon de mi querida hija: deseo en el alma que la honra de su padre de vd. quede limpia, para tener el orgullo de contarle á vd. entre los miembros de mi familia.

Al terminar estas palabras subió en el coche.

Inés y Clotilde le dirijieron una mirada que inundó de dicha su corazon.

El carruaje partió.

Leopoldo le siguió con la vista.

El coche toreó por la esquina de una calle.

Leopoldo le vé desaparecer.

Exhala un suspiro, y conmovido hasta lo mas íntimo del alma, vuelve á ponerse al frente de su compañía, y se dirije á palacio soñando en un mundo de felicidad, y alarmado á la vez por el estado de abatimiento en que habia encontrado á su amada.